

suelo del "Hotel de Diligencias," y que el segundo lo estaba en una habitación del piso alto de "La Luisiana." Ni uno ni otro fueron molestados por nadie: eran enemigos vencidos que huían; no eran contrarios arrogantes que peleaban; y en Veracruz que se sabe llegar al sacrificio por el honor, jamás se desciende á la infamia por la delación.

VERACRUZ.

Ocupación de las líneas militares.—Aspecto de la población.

I

SI en la tarde del día 26 de Febrero de 1860, algún extraño á la población de Veracruz hubiera penetrado al interior de su recinto, habría presenciado un espectáculo á la vez que curioso, grave é imponente. Al habitual bullicio que allí se nota siempre, debido al constante y laborioso movimiento mercantil, había sucedido otro movimiento no menos bullicioso, si bien, por decirlo así, de un carácter serio y grave. Por do quiera se oía el redoblar de los tambores, los ecos armoniosos y marciales de las músicas militares y el belicoso sonido de los clarines: algunos oficiales cruzaban las calles á escape, ginetes en briosos corceles, y la pequeña batería situada en la azotea del Hospital Militar había disparado un cañonazo en señal de alarma.

Y en balcones y azoteas, en puertas bajas y ventanas, damas, niños y ancianos, en cuyos rostros se pintaba la alegría, pareciendo como que esperaban algo nuevo y extraordinario que viniera á romper la monotonía del trabajo habitual de aquel pueblo entregado siempre á las faenas propias del comercio, de las ciencias ó de las artes. Empero entre los curiosos no se notaban semblantes compungidos, ni miradas de espanto, ni lágrimas de dolor; muy al contrario, batían palmas de contento, y las palabras que al vuelo se cruzaban con

los transeúntes que solos ó en pequeños grupos, llevando sobre sí los arreos del soldado, se dirigían á paso precipitado á determinados puntos de la ciudad, indicaban desde luego que así curiosos como transeúntes se sentían satisfechos, porque hubieran visto realizada una esperanza de tiempo atrás concebida.

Todo ello se reducía á que una hora ántes, las *avanzadas* habían regresado de sus puestos de observación, y dado parte al Cuartel General, de que el histórico pueblecillo de San Miguel de Medellín, célebre por sus antecedentes durante la época de la *insurgencia*, había sido ocupado por las huestes reaccionarias por tanto tiempo esperadas, y que, desprendiéndose de México y de Puebla, de Jalapa y de Orizaba, iban á reducir á cenizas para castigar su osadía, á la ciudad tres veces heroica, único baluarte en esos momentos donde flameara orgullosa la bandera de la libertad, defendida por un puñado de patriotas, compuesto de noveles guardias nacionales y de viejos veteranos, que habían jurado morir, si era preciso, antes que rendirse á las sanguinarias legiones del retroceso y del obscurantismo, cuyos principales jefes habían jurado también por su parte, libar el vino con que celebraran el triunfo, en las calaveras de sus defensores..... ¡Quimérica ilusión y sangrienta esperanza en perfecta armonía, sin embargo, con las doctrinas prácticas de la religión en cuyo nombre talaban campos é incendiaban pueblos, y que iba á desvanecerse como el humo, y entre el humo de los proyectiles que, lanzados por las baterías liberales, debían ponerles bien pronto en vergonzosa fuga, para ir á saciar su sed de venganza en ciudadanos indefensos, y ocultar su despecho en la futura metrópoli de un ridículo Imperio, que implantado y sostenido por ellos, les marcaría la frente con el indeleble sello de la traición.

Dos circunstancias fortalecían la fe de aquellos hombres dispuestos al sacrificio: la conciencia de que defendían una buena causa, la causa del derecho, de la razón y de la justi-

cia, y la presencia, entre ellos, del Primer Magistrado de la Nación.

En efecto, allí estaba Juárez.

Allí, en la *herética* ciudad que iba á ser sitiada, bombardeada, reducida á escombros y arrasada, se encontraba el ilustre patricio que recogió y compaginó los fragmentos de nuestra Carta Magna, en mala hora rota, ultrajada, escarnecida y pisoteada por el mismo que la había jurado, mostrándola al pueblo mexicano como el lábaro santo que lo conduciría al puerto de salvación: allí estaba el tenaz patriota, que para salvar el depósito sagrado confiado á su patriotismo, emprendió una larga peregrinación llena de peligros y asechanzas: allí el honrado ciudadano que había escapado á la traición durante la penosa travesía que hizo en unión de sus fieles Ministros, hasta pisar las playas veracruzanas para plantar en el primer puerto de la República la bandera de la legalidad, confiándola al valor de sus hijos y al de los que, concurriendo á rodearla y defenderla también desde lejanos lugares, habían de llevarla triunfante para fijarla definitivamente en el antiguo palacio de la capital del Anáhuac.

¡Allí estaba Juárez! Es decir, la ley suprema, el derecho, la legalidad.

¡Allí sus defensores! Esto es, los que proclamaron los primeros las "Leyes de Reforma," rompiendo con el pasado, fundando un nuevo presente, y echando los cimientos de un bello porvenir.

Todo esto significaba el inusitado movimiento que se notaba en la ciudad de Veracruz en las primeras horas de la tarde del día 26 de Febrero de 1860. ¡Los veracruzanos iban, al fin, á medir sus armas con las del renombrado ejército de la Reacción!

II

Se había tocado "general" en los cuarteles, y una hora después las plazuelas de Loreto, del Muelle, de la Caleta y de

Santiago, y la plaza de la Constitución, quedaron convertidas en pequeños campamentos, donde se establecieron las reservas que debían auxiliar, en caso necesario, á las *líneas de defensa* en que había sido dividida la ciudad. En la "Escuela Práctica" la batería de morteros de á 14, esas horribles *bocas de fuego*, de forma monstruosa, antipática y maciza, de construcción correcta, pero sin elegancia alguna; cuyo pesado proyectil se remonta hasta perderse de vista como para mejor acechar su presa, describiendo la elegante curva con que desciende en medio de silbidos estridentes, que sobrecogen y aterran, y que al caer hunden techos, bóvedas y cuanto se opone á su formidable paso, estallando después de girar un momento sobre sí misma y de levantarse trepidante, como para lanzar la muerte á mayor distancia por medio de los innumerables fragmentos en que se descompone; y la de *provetas*, edición reducida de los morteros, entre la "Noria" y "Santa Gertrudis," estaban dispuestos para abrir sus fuegos á la aproximación del enemigo; y en los baluartes, desde "Concepción" hasta "Santiago," y desde la "Calavera" hasta la "Segunda Flecha," artilleros é infantes ocupaban sus puestos, decididos y valerosos sin fanfarronería, para rechazar los anunciados ataques y asaltos con que se les amenazaba. Ulúa y la flotilla de cañoneros vigilaban y defendían las costas Sur y Norte, y la caballería recorría los alrededores, ya para evitar una sorpresa, ya para proteger la introducción de víveres que traían á la plaza los rancheros más cercanos, que no querían verse expuestos á la rapacidad de los que venían proclamando "Religión y Fueros." Damas y caballeros, así nacionales como extranjeros, niños y ancianos, ataviados todos cual si se tratase de un festival visitaban los *puestos*, entusiasmado con palabras de cariño ó frases de estimación y de respeto, á aquellos hombres que de antemano habían hecho el sacrificio de su vida en aras de la libertad.

En las altas horas de la noche, el Presidente Juárez, rodeado de sus Ministros y Ayudantes, y seguido de una mul-

titud que lo admiraba y bendecía, recorría las líneas también, infundiendo confianza con su presencia, y manifestando el deseo de ocupar un puesto entre los defensores; y si no se le vitoreaba ni se le hacían los honores debidos por lo avanzado de la hora, en cambio podía oír á cada quince minutos de distancia, el sordo rumor del golpe que los centinelas daban sobre la cartuchera, para indicar que velaban, corriendo así "la palabra," en lugar del "alerta" de Ordenanza.

III

Veinte días han transcurrido, y durante este tiempo una parte de la ciudad se halla convertida en humeantes ruinas, debido á la ferocidad del enemigo, que, desesperando del éxito que se prometía, lanzaba proyectiles con profusión, guarecido tras sus trincheras, para introducir el espanto y la muerte.

Ha hecho víctimas, pero á nadie ha espantado.

La sangre ha corrido en abundancia, pero nadie ha temblado ante la muerte.

Mas..... ¡ved los cadáveres!..... Ancianos, mujeres, niños..... todos dentro de los escombros de sus propias casas, bajo los blindajes de seguridad, ó en medio de las calles. Así os daréis razón de cómo entendían la guerra aquellas *tribus berberiscas*, cuyos jefes, sin embargo, habían visto la luz primera bajo el hermoso cielo de México. Verdad es que el brillo y el honor del *uniforme* quedaban oscurecidos por el siniestro reflejo de las *sotanas*, y que las *reliquias* que ocultaban bajo la casaca militar les prometían un pedazo de paraíso destruyendo liberales.

Habían calumniado á los defensores de la ciudad, pretendiendo manchar su honra, y la infamia, el desprecio y el anatema habían caído sobre ellos mismos.

Y como para justificar que venían en nombre de una religión toda de amor, toda de paz y caridad, muchos de sus proyectiles huecos estaban cargados con pequeñas *cruces* de

hierro, que, al estallar aquellos, se convertían en mensajeros de la muerte, transformándolas en enseña de la más refinada hipocresía y del fanatismo mas feroz.¹

Pero, ¿qué se había hecho de tantas bravatas, de tantos propósitos de ataques á viva fuerza, y de tantos asaltos, en los que se había decretado que no habría cuartel para el vencido; de aquellas formidables baterías, donde pieza había que ostentaba el nombre de "El gran poder Dios," y que durante ocho días estuvieron tronando sobre la ciudad sitiada? ¿Qué de aquellos renombrados batallones, flor y nata del ejército sostenido piadosamente por el clero con dineros de la Iglesia, y bendecidos y exhortados á la matanza por ministros del altar, para que el triunfo fuera seguro? ¿Qué de aquella escuadrilla vergonzante y raquítica, de procedencia extranjera que conducía los elementos necesarios para consumir la obra de exterminio, de sangre y de desolación? ¿Dónde estaban aquellos jefes orgullosos y altivos que antes de emprender la marcha, á cien leguas de distancia aún de la ciudad maldita, habían diagnosticado su agonía hasta el momento de hacer presa en ella, en medio de repiques y *Te Deum*, de himnos y de dianas, de flores, de coronas y de arcos triunfales?

IV

¡Nada existía! ¡Todo había desaparecido de una manera vergonzosa y terrible.

La plaza sitiada había devuelto con usura los proyectiles que recibía, y arrasaba con sus bombas y granadas cuanto en el campamento encontraba, sembrando el pánico más espantoso entre los que escapaban á la muerte de que eran mensajeros. Los reconocimientos y ataques que entre las sombras

¹ En el convento de la Merced cayó una bomba cargada con estas cruces, y otra en la bodega de una casa particular, convertidos uno y otra en asilo de familias desvalidas, matando ese nuevo proyectil á no pocas personas en ambos lugares.

de la noche intentaron rudamente, es cierto, fueron rechazados con valor y bizarría, pero casi sin mayor esfuerzo, porque los defensores de la ciudad, siempre en vela, abrumaban á los asaltantes con una lluvia de balas y metralla tal, que no les permitió siquiera tocar las obras avanzadas de defensa; y momentos hubo en que podía leerse una carta á la viva luz que brotaba de las baterías que sostenían el choque. Aquella escuadrilla, declarada como de piratas porque no teniendo bandera propia no debía reconocérsele nacionalidad alguna, fué apresada y reducida á la impotencia.¹

Y rotas sus bocas de fuego, desmanteladas, trituradas, deshechas sus fortificaciones, muertos ó heridos una gran parte de sus defensores, los que quedaban en pie, sus jefes inclusive, emprendieron la fuga á las primeras horas del día onomástico del Primer Magistrado de la Nación, á quien la plaza, con todas sus baterías, hizo el saludo de Ordenanza, enviando los últimos proyectiles al ejército sitiador.

El honor de la bandera y el de la ciudad estaban á cubierto: sus defensores les habían dado el triunfo, á la vez que humillaron el insultante orgullo del bando conservador.

V

Medellín fué de nuevo el punto de reunión de los restos desmoralizados de aquellas falanjes altivas y rencorosas; y desde allí regresaron á sus antiguos acantonamientos, que no pudieron conservar acosados por las tropas liberales que en su persecución salieron de Veracruz para lanzarlos fuera del Estado, hasta que ocho meses más tarde desaparecieron en totalidad, al empuje de sus armas, en los campos sangrientos de Calpulálpam.

¹ Al siguiente día de apresada esta escuadrilla, se canturriaban en la ciudad unas redondillas, cuyo estribillo final decía: "Esta es la escuadra de Pápachín—dos guitarras y un violín."